

*Páginas de Filosofía*, Año II, N° 2 (Diciembre de 1992)

John Kenneth GALBRAITH, *La cultura de la satisfacción*, Trad. de José Manuel Álvarez Flores, Buenos Aires, Emecé, 1992, 190 pp.

El autor comienza con la idea de que las lecciones de la historia no deben tomarse a la ligera y sin cuestionamiento. Algunas de ellas perduran. Una constante, que es expresada al modo de una ley, es que las comunidades, favorecidas por su posición económica atribuyen virtudes sociales a los beneficios de los cuales disfrutaban. De este modo, las creencias de los privilegiados están siempre al servicio de lo que complace y tranquiliza. Roma no mostró indicios de reconocimiento de la debilidad del Imperio cuando éste ya era insostenible. Del mismo modo, la Francia de los Luises creyó firmemente en las ideas económicas de los fisiócratas. Ricardo y Malthus expresaron la "leyes naturales" que convenían a los empresarios para fijar el salario de los trabajadores. Así se continúa, en la historia la tendencia al autoengaño de las clases favorecidas, que siempre encuentran algún teórico dispuesto a sostener el sentimiento de calma y sosiego que ellas precisan.

Sin embargo, este engaño no se puede mantener por mucho tiempo, y así interviene para Galbraith el aspecto aleccionador de la historia: un día la multitud postergada toma la calle, y si el número es suficientemente grande, no es posible una respuesta armada. Por este motivo, Galbraith intenta estudiar y entender la economía política de la satisfacción, como así también describir y analizar sus tendencias. El libro alude a la descripción del problema político y económico de los Estados Unidos. En principio, está escrito para norteamericanos; pero el carácter mundialmente extendido del fenómeno del capitalismo hace que sus observaciones no puedan ser miradas con extrañeza desde casi ningún punto del planeta. La democracia norteamericana funciona mediante el voto optativo, no obligatorio. Una causa de la crisis de la sociedad norteamericana reside en ese hecho: votan los privilegiados, y el discurso político está dirigido a la mayoría satisfecha. En Estados Unidos la cantidad de individuos y familias que se hallan por debajo del nivel de pobreza ha crecido en forma alarmante. Al mismo tiempo, la "Mayoría Satisfecha" --o lo que es igual, para el autor, la "Cultura de la Satisfacción"-- continúa aumentando la tendencia a la no-participación de los menos afortunados, bajo el lema, muy extendido, del "estado mínimo". Aunque por aquí y allí resuena de tanto en tanto alguna voz

"progresista", esto es en la práctica el tinte de "democracia" y el "olor a libertad" que el sistema de la satisfacción necesita para seguir funcionando.

La mayoría satisfecha ha desarrollado una peculiar actitud hacia el tiempo: no se cree en el largo plazo. Esta actitud caracteriza a la teología del *laissez faire*: a la larga, todo tiende a salir bien, de modo que no se ve por qué haya que preocuparse hoy. La previsión está excluida, de modo que, por ejemplo, hay pocas oportunidades serias y crebles para la ecología. La estrategia de los políticos ante los problemas que urgen una decisión, pero que, aunque muy importantes, pueden seguir aplazándose, es "hacer una investigación", o, en el peor de los casos, "crear una comisión". Esto tranquiliza enormemente. Otra característica fundamental es el desarrollo de una visión selectiva del papel del Estado. Desde un punto de vista, el Estado es una *carga*. Esto, principalmente, cuando se trata de la presión fiscal sobre la mayoría satisfecha en beneficio de los empobrecidos y de las actividades de salud y educación. Al mismo tiempo, no se cuestiona ni remotamente la función del Estado para subsidiar gastos militares y privilegios de la mayoría satisfecha. La medida económica más famosa de Ronald Reagan fue el alivio de la presión fiscal sobre los más acaudalados.

Un mito popular que agrada a los norteamericanos es el de autoconcebirse como una sociedad sin clases. Sin embargo, nadie puede hoy dudar acerca de que ha aparecido, en medio de la sociedad opulenta, una "*subclase funcional*" que crece en forma alarmante. Esto no es un fenómeno privativo de los Estados Unidos: todas las sociedades industriales avanzadas tienen esa subclase y *cuentan con ella* para los trabajos que los satisfechos no están de ningún modo dispuestos a hacer. Son los latinos y los negros de Estados Unidos, los turcos de Alemania, los musulmanes de Francia, etc. Así se ha llegado a un concepto fraudulento de "trabajo". Pasa por "trabajo" lo que la mayoría reconoce como "trabajo forzado". Las comunidades extranjeras presentan varias ventajas: la principal es que se las puede mandar de vuelta a casa cuando ya no son necesarias. Estas comunidades, desarraigadas de su lugar de origen, en los cuales la mayoría de las veces las condiciones sociales son aun peores que les ofrecen los sistemas industriales avanzados, han desarrollado desórdenes sociales, actitudes de conflicto, drogadicción, delito, cuya tendencia crece y se desarrolla dentro de los mismos núcleos urbanos insatisfechos. En Estados Unidos, ciudades como Nueva York,

Chicago, Los Angeles, se han convertido en "centros de terror y desesperación". La solución política de esta situación es, por el momento, inviable: un callejón sin salida.

Los impuestos y los servicios públicos mantienen una relación perversa: para los políticos dirigidos a la mayoría satisfecha, representa un suicidio hacer campañas prometiendo mejores servicios. Los ingresos fiscales van a parar, de hecho, a manos de los "grandes derrochadores profesionales". Al mismo tiempo, la ingenua economía liberal del *laissez faire* ha otorgado amplia licencia para la *devastación financiera*.

La noción sacrosanta del liberalismo ha sido la del "*mercado*", donde el Estado debía en principio intervenir lo menos posible, y, mejor aún, nada, para que las leyes "naturales" de la oferta y la demanda funcionaran correctamente. Ya desde las primeras épocas del liberalismo se advirtió la imposibilidad de este funcionamiento y la necesidad del papel regulador del Estado. Sin embargo, el capitalismo moderno ha desarrollado una tendencia autodestructiva que no sólo se expresa en la negación del papel regulador del Estado, sino también en el mismo seno de la unidad básica del sistema: la empresa. Las grandes sociedades anónimas han terminado con el poder del accionista y han dado lugar a una especie de "*polítburó*" de Occidente: la clase de los ejecutivos y directores de empresas. Esto ha minado el viejo concepto acerca de que la empresa trabaja para su beneficio y hace con esto de paso que el sistema funcione. En la práctica, es la clase dirigente la que trabaja para sus propios beneficios, al margen de los resultados de la empresa. Así se han popularizado todas las formas del *tiburoneo económico*: fusiones, adquisiciones fraudulentas por los propios directivos, etc. Mientras tanto, el Estado, además de "hacer la vista gorda", ha propiciado esta situación a través del manejo de fondos públicos para garantizar que la mayoría satisfecha pueda seguir teniendo su margen de acción posible.

Todo el sistema --tanto desde el punto de vista público como desde el privado-- tiende a la burocratización: las organizaciones grandes, complejas, estratificadas. Sin embargo, el adjetivo de "burocrático" se reserva para el Estado, sobre todo cuando este amenaza con la presión fiscal a la mayoría satisfecha. Son pocos los que se atreven a ver la burocracia en el seno de la gran empresa o del poder militar.

¿Cuál ha sido el papel de la teoría económica en la evolución de la cultura de la satisfacción? Uno de sus logros más firmes --sostiene Galbraith-- consistió en acomodar intereses políticos y económicos concretos a la visión del proyecto económico. Tal es el caso paradigmático de las teorías de David Ricardo y Thomas Malthus. En la versión moderna, la teoría económica se ha acomodado a la doctrina del *laissez faire* en dos niveles: el primero es el de la economía representada por los libros de texto, el discurso económico normal y la creencia establecida; el segundo es el de la política monetaria. El primero tiene una base religiosa: hay que tener fe en el sistema; a la larga todo saldrá bien. Sin embargo, la confianza teológica en el resultado benigno ha sido refutada por la tendencia intrínseca del capitalismo a la inestabilidad, a la recesión y a la depresión. La alternativa para responder a esta tendencia pertenece al segundo nivel. Desde una perspectiva liberal "saludable", esta tendencia interna tendría que haber sido controlada ampliando el papel del Estado mediante la presión fiscal, lo cual no resulta en absoluto de agrado de la cultura de la satisfacción, dando lugar al *monetarismo*. "Difícilmente --dice Galbraith-- podría concebirse un plan mejor para limitar el papel del Estado y para apoyar la opinión de que toda la vida económica podría funcionar de un modo automático bajo su propia guía." (p.98). En los hechos se ha visto que la política monetarista puede deprimir la actividad económica, pero nunca puede empujarla hacia arriba. La política monetaria, según Galbraith, es el mejor servidor de la cultura de la satisfacción: precisa un aparato estatal casi nulo y una burocracia no muy numerosa del banco central. Produce sensación de magia, ya que controla la inflación --el fantasma más temido por la mayoría satisfecha--, aunque *lamentablemente* aumenta de modo incontrolable el desempleo. El resultado inevitable del monetarismo a largo plazo, advierte Galbraith, es "una industria menos competitiva, déficit de viviendas y gente sin hogar en la calle" (p.101). La base doctrinal de la era de la satisfacción queda, sin embargo, intacta. Ella se resume en la *teoría del góteo*: hay que alimentar bien el caballo; con los granos que caigan algo quedará para los gorriones.

La política exterior de los Estados Unidos ha coadyuvado en su actual crisis en forma decisiva: su base real ha sido el dinero y las armas. Al declinar el poder económico norteamericano, la base de esa política exterior ya no es creíble. Sin embargo, los Estados Unidos no cejan en su caracterización de potencia armada. Esto está sostenido por un poder militar autónomo que se ha convertido en un sistema que se

retroalimenta. Después de la Segunda Guerra Mundial se justificó por la *paranoia comunista*. Sin embargo, después de Palmer, Hoover y Mac-Carthy, se vio que la paranoia era sólo eso. Caído el Muro de Berlín y disuelta la Unión Soviética, el delirio del enemigo comunista es difícilmente creíble. Pero a pesar de ello el militarismo encontró en Saddam Hussein, en Noriega, etc., los argumentos convenientes para sostener que los enemigos siempre pueden seguir apareciendo.

Esta visión pesimista de la situación social, política y económica de los Estados Unidos señala en un plazo impredecible la situación de colapso: la presente era de la satisfacción llegará a su fin *cuando* los procesos adversos que fomenta perturben la impresión de cómodo bienestar, *si es que llegan a hacerlo*. Las posibilidades son: "un desastre económico generalizado, una actuación militar adversa asociada a un desastre internacional, y la irrupción de una subclase furiosa" (p. 165).

El último capítulo de Galbraith se titula, simplemente "*Requiem*". El autor no abraza esperanzas para un final feliz. Ofrece su propia obra, no como un medio a la situación, sino como una ayuda a los esfuerzos por entenderla y, quizá, para "sacudir", en alguna medida, lo que considera su causa: la "satisfacción" entendida en el sentido expuesto.

Graciela MALIANDI